

Las conferencias internacionales sobre población

José Ramón Amor Pan

Cátedra de Bioética.

Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

La iniciativa de la ONU de proclamar 1974 como «Año Mundial de la Población» y convocar la primera «Conferencia Mundial de la Población» (Bucarest, 19/30 de agosto de 1974) hizo saltar al primer plano de la actualidad mundial un problema de capital importancia para el presente y el futuro de la Humanidad: el acelerado crecimiento demográfico o explosión demográfica y el subdesarrollo o extrema pobreza de una gran parte de los países. El objetivo era reflexionar conjuntamente sobre los datos de la cuestión y llamar la atención de la opinión pública a este respecto, al tiempo que se diseñaban posibles vías de solución que obtuviesen el respaldo de la mayoría de los agentes implicados en el tema.

Se suele señalar el año 1750 como el inicio de la primera gran expansión demográfica. Entre ese año y 1950 la población mundial se triplicó, pasando de 791 millones de habitantes a 2.249; en 1994 habitaban el planeta 5.600 millones de personas. Para los próximos 20 años las cifras que se barajan van de los 7.200 millones en la hipótesis baja, a los 7.800 millones en la variante alta. Semejan-

tes valores son posibles merced a las revoluciones agraria, industrial y médica, que permitieron una mejor alimentación de los individuos y una disminución de la tasa de mortalidad.

Ahora bien, una de las primeras matizaciones que hay que hacer es que la población no está distribuida uniformemente sobre la su-

perficie del planeta. Sólo un 30% de la misma está poblada de forma permanente, y se observan diferencias muy acusadas en la distribución de la población según áreas o regiones mundiales, e incluso a nivel nacional o subnacional (las tremendas megalópolis de muchos países subdesarrollados son un ejemplo de este desigual reparto de la población). Otra de las constataciones que preocupa es que el mundo parece es-



tar ante el final del crecimiento en los países industrializados, mientras que el crecimiento continúa fuertemente en los países en vías de desarrollo. Esta desigual distribución espacial es el resultado de la interacción de factores diversos, que han provocado y acentuado esa irregular distribución poblacional, que a su vez favorece el ahondamiento de la pobreza y la

marginación de grandes sectores de la población, para los cuales parecen no regir los Derechos Humanos solemnemente proclamados por la Comunidad Internacional.

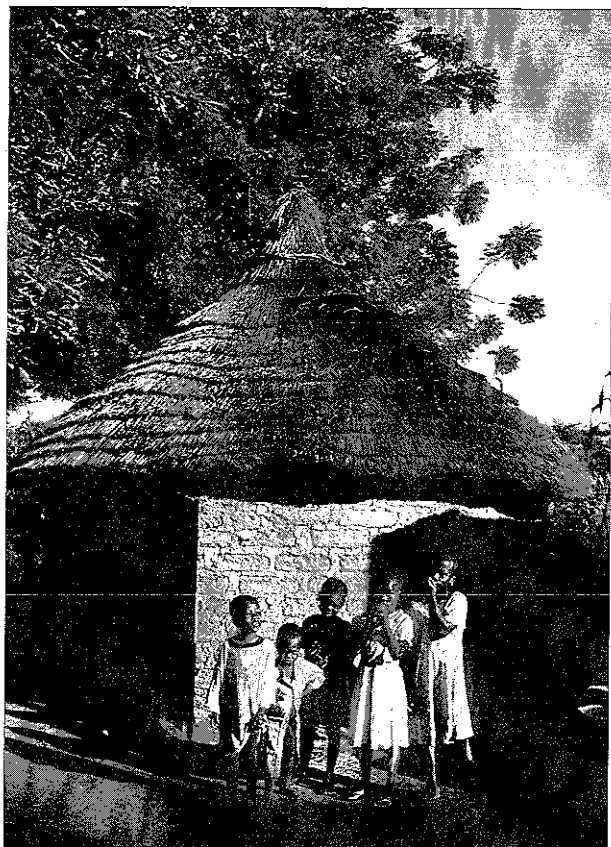
Si bien el problema adquiere una importancia especial en nuestra época, por las cifras que se manejan y por una mayor conciencia social de la globalidad de la situación, conviene señalar que no se trata de un tema novedoso. El crecimiento de la población mundial y las posibilidades de ser alimentada ha sido siempre un tema de discusión en el pensamiento socioeconómico. Entre otros muchos autores, ya Thomas Robert Malthus (1766-1834) había tomado parte en este tipo de debates con su famosa obra *Ensayo sobre la población* (1798). Su postulado básico era que la población crecía geométricamente, mientras que la producción de alimentos lo hacía sólo aritméticamente, lo cual abocaba al hambre (la llamada trampa malthusiana). Sólo se podría evitar ese colapso de la Humanidad por medio de tasas de natalidad negativas.

Las implicaciones pesimistas de la teoría malthusiana han llevado a muchos de sus seguidores a defender una férrea intervención gubernamental por medio de políticas de control de la población en orden a evitar ese anunciado colapso mundial. Esta interferencia de las autoridades públicas se ha justificado por argumentos tanto de tipo normativo como por argumentos positivos. Se viene repitiendo insistentemente durante los últimos años que el crecimiento demográfico es un obstáculo fundamental para el progreso de los países del Tercer Mundo y para el equilibrio ecológico de todo el planeta. A pesar de que numerosos trabajos han demostrado que las predicciones pesimistas de estos autores no gozan de una base sólida en los hechos, el modelo malthusiano ha perdurado en el desarrollo de la teoría demográfica moderna. Un buen ejemplo de esto lo representa el libro de MARTÍN SAGRERA, *El problema poblacional*, cuyo subtítulo —demasiado español— deja bien patente desde el primer momento cuál es su tesis. Extraemos las siguientes palabras del capítulo que dedica a las conclusiones (pág. 183):

Los criterios demográficos analizados son convergentes y nos llevan todos a la conclusión de que somos demasiados (...) Ya es hora de despertar del sueño morboso de una España «grande» que en realidad, desde hace tiempo, no puede dar de comer a sus hijos, expulsándolos de su suelo en dolorosa y, con frecuencia, definitiva separación; que, a los que se quedan, les aprieta cada vez más haciéndoles «arañar suelos estériles», hacinándolos en ciudades inhóspitas, negándoles un empleo no alienante, enfrentándolos unos a otros como en un 1936... o 1981, etc.

Como se puede observar, el texto está cargado de mucha ideología. En una problemática como la que nos ocupa, el espíritu que debiera animar los debates y la búsqueda de soluciones sería el del consenso, la tolerancia y la cooperación, reconociendo que «incumbe a cada país formular y ejecutar políticas relacionadas con la población en las que se tenga en cuenta la diversidad de condiciones económicas, sociales y ambientales de cada país, respetando plenamente los diversos valores religiosos y éticos, medios culturales y convicciones filosóficas de su pueblo, así como la responsabilidad común, aunque diferenciada, de todas las personas del mundo por su futuro común» (*Programa de Acción de El Cairo*, nº 1.11). No puede dejar de llamar nuestra atención el hecho de que en menos de doce años (el libro mencionado está publicado en 1983) se haya pasado de una propaganda insidiosa que insistía estruendosamente en que éramos muchos españoles, a dejar bien patente que nuestro sistema de seguridad social puede ir a la quiebra por falta de relevo generacional. ¿En qué quedamos? Por consiguiente, se debe apelar a la prudencia y a la responsabilidad a la hora de examinar estas cuestiones, viendo con serenidad lo que se dice y cómo se dice, además de explicitar lo que no se dice y por qué no se dice.

Por otra parte, deben comunicarse y alentarse los grandes logros conseguidos en materia de desarrollo, que pueden ser todavía mucho mayores en un futuro próximo con la utilización de las biotecnologías y la puesta en producción de suelos fértiles, antes cultivados y hoy abandonados (Argentina es un buen ejemplo), por no poder competir con los precios de las economías proteccionistas de gran parte de



los países desarrollados. Por ejemplo, la producción de alimentos mostró un comportamiento impresionante en el período 1950/1990 en los países desarrollados, aumentando en un 120%, mientras que la población sólo lo hizo en un 40%. No es, por consiguiente, tanto un problema de falta de recursos cuanto de injusta distribución de los mismos, al tiempo que determinadas decisiones de los poderes políticos y económicos favorecen el que la población se concentre en enormes urbes que requieren costosas inversiones en infraestructuras y generan altos niveles de contaminación y marginación social. Ahí es donde está la verdadera raíz de la problemática.

Sin embargo, las tres Conferencias sobre población celebradas hasta este momento parecen inclinarse por las tesis de corte malthusiano. Ya el «Proyecto de Plan de Acción Mundial sobre Población» de la Conferencia de Bucarest insistía en que el obstáculo principal para

el desarrollo económico y sociocultural de los pueblos pobres era el enorme crecimiento de sus poblaciones, su desbordante e irresponsable fecundidad, favorecida por su incultura y su indolencia en la explotación de los recursos naturales. A lo largo de las jornadas de trabajo del encuentro, se vio que esta actitud era defendida en gran medida por los países de economías con un potente desarrollo industrial, y básicamente de corte capitalista, que trataban de imponer una determinada visión de los hechos. Para remediar esta situación, la única solución que se ofrecía era rebajar drásticamente la tasa de natalidad de los países pobres como medio indispensable para salir del subdesarrollo, en el más puro estilo malthusiano.

Frente a esta postura, ya entonces, se situó la de aquellos que consideraban que la pobreza era la causante de un número elevado de hijos, y no al revés, por lo que la solución vendría de la mano de favorecer una adecuada y justa cooperación internacional que posibilitase el desarrollo socioeconómico de estos países. La amenaza de la Tierra no es la superpoblación, sino el modelo de desarrollo consumista de los países ricos y el injusto comercio internacional. Las verdaderas vías para solucionar el problema consisten en un aumento del comercio internacional y de la ayuda financiera, y en un mayor acceso a la tecnología moderna.

La Conferencia de Bucarest se convirtió, de este modo, en un verdadero pulso entre la tesis controlista y la desarrollista. No fue posible un acuerdo global. El «Programa de Acción» fue aprobado por consenso a última hora (con la sola excepción del Vaticano), lo cual significa un acuerdo general sin votación, pero no estrictamente la unanimidad.

El choque entre estas dos posturas perduró durante la segunda Conferencia, que tuvo lugar en el año 1984 en la ciudad de México, pues el texto que servía de base a las discusiones seguía insistiendo de manera principal en una política de control de la población como instrumento para un desarrollo sostenible de todos los países, pero (y de ahí lo inaceptable de esa propuesta) a través de programas atentatorios contra la vida. Tampoco aquí se pudo lograr el tan

ansiado consenso, y las tesis antinatalistas siguieron ocupando un puesto principal en la postura de ciertos gobiernos y organismos internacionales de gran influjo mundial.

La polémica subió de tono en la Conferencia celebrada en El Cairo los días 5 a 13 de Septiembre de 1994. Los medios de comunicación transmitieron la sensación de que por una parte estaba la postura del grupo «conservador y fundamentalista» (supuestamente integrado —según dichos medios— por el Vaticano, los países islámicos y gran parte de los estados latinoamericanos) que, en la opinión de dichos medios, «ponía en grave peligro el bienestar, e incluso la supervivencia, del Planeta» (!), por su oposición a la postura antinatalista. En el lado contrario, se situaban las naciones calificadas por los mismos medios como más *avanzadas y liberales*, que, como *mesías redentores*, se esforzaban por hacer realidad el progreso de los pueblos y la liberación de los oprimidos. Se destacó en estos medios la polémica sobre la salud sexual; sin embargo, otras diferencias de criterio, profundas y de consecuencias trascendentales, no merecieron ser destacadas, tales como la reunificación familiar de los inmigrantes y la financiación del Programa de Acción.

Debemos resaltar que la Conferencia de El Cairo aprobó, a pesar de todas las divergencias manifestadas antes y durante su celebración, un «Programa de Acción» en el que se señalan los objetivos y las medidas que se deben adoptar para hacer frente de manera correcta y plausible al problema de la población y el desarrollo, siempre y cuando no atenten contra la vida. Dicho documento fue aprobado por primera vez por todas las delegaciones, incluida la Santa Sede, aunque diversos Estados manifestasen reservas a algunos capítulos. Esto parece indicar que por fin existe una auténtica voluntad de dialogar y buscar juntos caminos de solución a los problemas que tiene planteados la Humanidad.

Balance

Ninguna cumbre mundial ha cambiado el mundo de la noche a la mañana. Las transformaciones suelen fraguarse lentamente, y unas realizaciones conducen a otras. Uno de los as-

pectos más evidentes y perturbadores de la contingencia y fragilidad del ser humano es su concentración excesiva en lo inmediato, con una escasa atención a las consecuencias futuras de sus actos. Esta miopía es aprovechada muchas veces por los diversos poderes que conforman nuestra realidad, de tal manera que se manipula a la opinión pública para dirigirla en la dirección que marcan nuestros propios intereses. Una de las consecuencias más positivas fruto del debate en estas tres Conferencias ha sido, precisamente, desenmascarar la prepotencia y arrogancia de quienes, sesgadamente, propugnaban políticas de control de la natalidad como el único modo viable para solucionar el drama del subdesarrollo. Quedó bien patente, sobre todo en la Conferencia de El Cairo, que lo que realmente estaba detrás de esta postura era el intento consciente de imponer a las naciones pobres un determinado modelo sociocultural, como instrumento para mantener una cierta actitud neocolonialista.

Un encuentro mundial de estas características tiene la virtud de marcar unas líneas maestras de futuro sobre un tema de interés mundial. Pero tiene también mucho de escaparate en el que los distintos Gobiernos quieren estar presentes para que los demás se den cuenta de que existen y de que tienen algo que decir. Además, a estas alturas del siglo, conviene insistir en que se está produciendo un cierto *hastío informativo* en relación a todas estas cuestiones, que lejos de favorecer la movilización de todos y cada uno de los ciudadanos en la búsqueda y puesta en práctica de soluciones, lo que está haciendo es favorecer una apatía y un desinterés, un *encogerse de hombros* ante la magnitud de la problemática, sentimientos todos generalizados en no pocos sectores de la población. Por ello, hay que insistir en que de lo que realmente se trata es de realizar un análisis correcto de los datos, ilusionar a los individuos en la tarea de construir una sociedad más justa y sólidamente asentada en el respeto de los derechos de todos los seres humanos.

Las últimas cumbres mundiales (no sólo las de población) nos han dejado un legado importante y fecundo sobre el que reflexionar y,